

SERMON

DE SANTO DOMINGO DE SÍLOS.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Ipsa quasi signum in dextera manu.

El fué como un milagro en la mano del Señor.

Eclesiástico, c. 49. v. 13.

No es posible recordar el nombre de santo Domingo de Sílos sin traer á la memoria un prodigioso número de milagros, una multitud de maravillas obradas por su mano, al Taumaturgo de su siglo y una de aquellas almas grandes que en los tiempos decretados por la Sabiduría eterna extrae el Señor del tesoro de sus misericordias para hacer ostension á los ojos del mundo de su inmenso poder comunicado á un hombre mortal, y para que conozcan todos, con el ejemplo de estos dioses visibles, segun la expresion de la Escritura, el poder, la grandeza y el imperio absoluto de Dios invisible y eterno.

¿Qué habré yo de decir en su elogio si he de medir la grandeza y extension de sus méritos por la multitud de sus milagros? ¿Si por su poder he de daros á conocer su virtud? Pero él fué un milagro mayor todavía que todos los milagros que obró. *Ipsa quasi signum in dextera manu.* Olvidemos, si es posible, la asombrosa multitud de prodigios que obró y cuya memoria permanecerá grabada eternamente en nuestra patria, que los recordará siempre con gratitud: considerémosle á él solo, contemplémosle en sí mismo y hallaremos motivos poderosos para admirarle y elogiarle; no indagemos lo que él hizo, bástenos saber lo que fué; ó más bien, no separemos lo que Dios quiso juntar: consideremos á un mismo tiempo así lo que

obró como lo que fué; sus milagros y sus virtudes, porque estas de aquellos y aquellos de estas reciben y se comunican mutuamente un nuevo lustre y una nueva gloria. No fueron sus milagros menores que sus virtudes. No sé si acertaré como deseo á formar su elogio y á presentaros el verdadero carácter de nuestro santo, manifestándoos que su virtud comunicó mayor autoridad á sus milagros; que los milagros de santo Domingo de Sílos fueron acreditados y probados por su virtud, y que su virtud debe una parte principalísima de su mérito á sus milagros; ó lo que es lo mismo, que estos contribuyeron al aumento y perfeccion de su virtud.

Las maravillas de vuestro poder, Dios mio, son las que voy á anunciar al hablar de las grandes virtudes y milagros de vuestro siervo. ¿Cómo podré llenar mi deber, ni cumplir mi deseo sin el auxilio de vuestra poderosa gracia? Vos, Señor, conoceis mi pequeñez, y esta confesion de nuestra humildad y nuestra nada es un medio seguro para que os movais á favorecernos, y mucho mas si os lo suplicamos por la intercesion de vuestra santísima Madre, á quien decimos con el ángel: *Ave Maria.*

En todos los tiempos hallamos justos en quienes el Todopoderoso substituyó la virtud de su brazo; pero lo hizo con mas economía en ciertos dias, en ciertos momentos; al paso que á santo Domingo de Sílos parece que se la comunicó sin medida y sin reserva. Ella empieza con él, por decirlo así; no fenece sino con él; ella baja con él al sepulcro, y desde las mismas entrañas de la tierra que le contiene parece que manda á la naturaleza y esta se muestra dócil y obediente á sus órdenes. El Omnipotente habla por la boca de santo Domingo de Sílos. El siervo de Dios manda, y todo escucha la voz de sus deseos y se apresura á obrar los milagros que pide. Seguidle los pasos de su vida, y hallaréis que todos los lugares donde residió se hicieron famosos y venerables á los tiempos venideros por los repetidos milagros que obró en ellos. Hallaréis infinitos enfermos, ciegos, cojos y tullidos que todos los dias sanaban por su intercesion. Hallaréis infinitos cautivos cristianos que encomendándose á este siervo de Dios desde sus mazmorras se hallaban libres á las mismas puertas del monasterio de Sílos, dejando allí en testimonio las cadenas, grillos, hierros y demas instru-

mentos de su cautiverio. ¡Qué espectáculo tan consolador y edificante! Una multitud de enfermos y afligidos espera á las puertas del monasterio todos los días para ver al venerable Domingo y pedirle el socorro de sus males, y todos salen consolados y socorridos; oyen su voz y esta penetra sus corazones. Bendicen al Señor y vuelven con deseos de servirle y reconocidos á sus favores. Habla Domingo, y no solo desaparecen las enfermedades, sino que se aborrecen y detestan los pecados, sanan los cuerpos y reciben la gracia las almas.

No, no es posible, amados míos, el que yo os haga una puntual relacion de sus milagros; para referir la historia de sus prodigios era necesario referir la historia de todos los días de su vida; lo que quiero manifestaros, es que estos milagros por estupendos y admirables que sean, no deben admirarnos en santo Domingo de Sílos. Porque sin detenerme á confundir esa altanería desdeñosa, esa soberbia incredulidad de tantos filósofos impíos, que fundan su mérito extravagante y su gloria ignominiosa en no dar crédito á ningun testimonio, en no ceder á autoridad alguna, como si no fuese señal de un entendimiento corto y estúpido así el no prestar asenso á lo que es verdadero, como el adoptar lo que es falso, y no creer nada, como el creerlo todo; sin detenerme á hacerlos ver la desatinada crítica de este siglo frívolo y caprichoso, que niega á los milagros de los últimos tiempos la fe que presta á los prodigios de los primeros siglos, como si nuestro Dios no fuese el mismo Dios que el de nuestros padres; sin detenerme á desvanecer las vanas sospechas y los recelos tímidos de una desconfianza excesiva, no tengo necesidad para comprobar los milagros de santo Domingo de Sílos sino de sus mismas virtudes, en las que encuentro la prueba mas decisiva é incontrastable de sus prodigios tan multiplicados y asombrosos.

Admirables fueron por su multitud, por su variedad, por su singularidad, tanto que parece que exceden á lo que puede creerse; pues sin embargo no excedieron á sus grandes virtudes. Siendo santo Domingo lo que era, era como natural que hiciese todo lo que hizo. Según el plan de providencia que guarda Dios con sus escogidos, la abundancia y plenitud de los milagros debia concederse á aquella abundancia y plenitud de santidad que resplandecía en santo Domingo de Sílos. El Señor tiene prometido cumplir la voluntad de los que cumplen la suya,

oir y satisfacer los deseos del alma fiel que ejecuta los de su espíritu y los de su gracia: *Voluntatem timentium se faciet* (1). Pues según esto, ya no debe asombrarnos que santo Domingo obre tantos milagros; lo que nos debe asombrar es que poseyese tantas virtudes, porque informados de su santidad no debe causarnos extrañeza lo que se nos dice del poder maravilloso que Dios le comunicó. Lo que sabemos y nos consta de su santidad, nos certifica lo que se nos dice de sus acciones prodigiosas é ilustres. Pues bien, hermanos míos, si santo Domingo de Sílos obró los milagros que ilustraron á los mayores hombres, poseyó también las virtudes en que florecieron los mayores santos.

¿Admiramos en ciertas almas aquel fervor temprano que santificó las primicias de su vida? Pues el corazón de santo Domingo de Sílos vivió ajeno de la ponzoña del vicio; obedeció con prontitud á los llamamientos de la gracia. Sus cristianos padres, descendientes de los señores de Vizcaya y de los reyes de Navarra, le vieron crecer á su lado y caminar por la senda de la virtud sin declinar á la diestra ni á la siniestra. En la villa de Cañas, cerca de santo Domingo de la Calzada, donde nació, se hicieron admirar sus costumbres que nada tuvieron de pueril y de aquellos juegos que parecen tan inseparables y tan propios de la edad de los niños. Su única diversion, todo su recreo y sus ansias eran ir á la iglesia con sus padres y derramar allí su corazón en la presencia del Señor, ofreciéndose todo á su servicio. La santidad de Domingo de Sílos parece que se anticipa á sus años. Su corazón dócil y tierno se dirige y encamina desde la mas tierna edad á vos, Dios mio, que tanto os complacéis en los inocentes obsequios de vuestro siervo. Sus primeros suspiros os imploran, sus primeras lágrimas corren por vos, y el primer empleo que hace de su corazón es entregárosle enteramente. Apenas conoce la penitencia, y ya es penitente. Apenas conoce al mundo y ya le teme, se retira, y evita sus peligros. Elige el empleo de guardar el ganado de sus padres, porque le parece el mas propio para conservar la inocencia y unirse mas estrechamente con su Dios. En los ejercicios de la vida pastoril dejaba que penetrasen en su alma las inspiraciones de la divina gracia; nada queria, á nada aspiraba sino á

(1) *Psalm. 144. v. 19.*

santificarse, estaba lleno de sed de la perfeccion cristiana, y creía que nada habia hecho si algo le quedaba que hacer, ó que carecia de todas las virtudes si habia alguna que no poseyese en su plenitud. Conoció que en el recinto del santuario, á la sombra del tabernáculo como otro Samuel podria alimentarse de la piedad y dar frutos mas pingües que en el mundo profano, empapado en los hálitos envenenados de las concupiscencias y vanidades, y dedicándose al estudio de las letras, llegó por su ciencia y su virtud al estado del sacerdocio sin salir de la casa de sus padres. Su compostura, su celo, su recogimiento le señalan por el modelo y ejemplar de su pueblo; él es la admiracion y edificacion de sus vecinos; él los contiene y refrena con su presencia, los enseña con sus palabras y su doctrina, los corrige con sus amonestaciones paternales, los consuela en sus trabajos, los ayuda en sus desgracias, nada parece que le falta de lo que constituye á una alma justa y privilegiada y á un ministro celoso de Jesucristo: pero santo Domingo cuantas mas virtudes adquiere, ménos le parece que posee; cuanto mas se acerca á la perfeccion, suspira tanto mas y se lamenta por no haberla aun comenzado.

¿Admiramos á aquellas almas desasidas del mundo, muertas al mundo, que no apetecen sino el retiro y soledad, que no suspiran sino por su Dios y no quieren ser conocidas sino de Dios? Pues Domingo de Sílos, despues de haber permanecido año y medio, ya sacerdote, en la casa de sus padres siendo la luz y ejemplo de todos, pareciéndole que en la vida solitaria hallaria mas pronto la perfeccion á que aspiraba, se huyó sin dar noticia á nadie á un desierto. ¿Huye acaso por evitar las venganzas y tormentos de los emperadores impíos y tiranos? Pero Domingo no huiria, y se consolaria de la pena de vivir en el mundo con la esperanza de dar la vida por Jesucristo, si hubiera en sus dias verdugos que atormentasen á los siervos de Jesucristo. ¿Es acaso algun pecador insigne y arrepentido que va como las Tais y las Pelagias á llorar sus maldades, á curar las llagas de su corazon con la quietud de la soledad, y hacer un divorcio eterno con el mundo en castigo de haberle amado con exceso y haber gozado de sus placeres impuros? No, Domingo no es reo sino de aquellos defectos que el mas santo no puede evitar, porque es hombre: las lágrimas que humedecen y riegan el desierto que habita, no son hijas del remordimiento y el

pesar, sino de su amor á Dios. Este es el único impulso que le lleva al desierto. Allí se ocupa en una vida áspera y espantosa, si miramos á los rigores con que aflige á sus carnes; pero la mas dulce y tranquila, si atendemos á los favores con que le regalaba el cielo. Allí vive entregado todo á su Dios sin mas esperanzas, sin mas deleites que buscarle con amor y con los ejercicios de su fervorosa piedad. Allí vive extenuado con los ayunos, consumido con las vigiliias, inundado en lágrimas, vestido de un tosco saco mas bien para mortificarse que para defenderse de las inclemencias de las estaciones, alimentado con las yerbas que crecian entre las peñas, no para prolongar los dias de su vida, sino para prolongar sus penitencias. Allí se contempla poco seguro, desconfia de sí mismo, cree que quedaria siempre muy á los principios de la perfeccion cristiana, si no se pone bajo la direccion de algun maestro espiritual.

Espíritu tentador que tan sagazmente acometes á los justos y los despojas de su justicia, introduciendo en sus almas un orgullo, un amor propio, una vanidad y soberbia casi imperceptible; no, no triunfarás de Domingo de Sílos. Está profundamente radicado en la humildad, en una humildad constante y activa; cuanto mas adelanta en la virtud, mas se reputa por la misma miseria y fragilidad, mas desconfía de sí mismo, y despues de año y medio entre los horrores del desierto, se dirige al monasterio de san Millan de la Cogulla en que florecia la observancia de la regla de san Benito, para aprender con la voz y el ejemplo de aquellos monjes los caminos de Dios.

Bien pronto conocieron estos que la humildad, la paciencia, la mortificacion, la caridad y todas las virtudes que forman á un religioso perfecto se hallaban en santo Domingo, y se daban el parabien de haberle admitido en el número de sus hermanos. El abad para probar su obediencia le nombró superior del monasterio de santa María de Cañas, que se hallaba arruinado, sin hacienda, sin provisiones y sin recurso alguno; pero la verdadera obediencia ni conoce dificultades, ni manifiesta repugnancia. Luego que pasó á su destino, se ocupaba en el trabajo de manos con sus súbditos para ganar la subsistencia precisa, sin alterar por eso la observancia religiosa. Muy pronto se extendió la fama de sus virtudes y milagros; de todas partes acudian personas virtuosas á visitarle y á ofrecerle sus limosnas, y no habian pasado dos años cuando ya se restauró

el monasterio, se levantó el claustro, se acabó la iglesia, se enriqueció de ornamentos, se alhajaron los oficinas. Muy pronto empezaron á acudir á aquel santuario muchas gentes á abrazar la vida monástica bajo la direccion de santo Domingo, y entre el crecido número de los nuevos monjes fueron algunos hermanos de santo Domingo y su mismo padre, que perseveraron y murieron en él santamente. Así bendecía Dios tan prodigiosamente los trabajos de su siervo.

El abad de san Millan, ambicioso de tenerle en su monasterio, conociendo su mérito, le mandó volver á él, y por consentimiento de todos los monjes fué nombrado prior. Por su santidad se hacia venerar de todos, se hacia amar de todos por su caridad, y por su ejemplo hacia que todos adelantasen en la perfeccion cristiana. Él fué como un milagro en la mano de Dios. ¿No es una gran virtud, un milagro del poder de Dios el resistir á las ambiciosas y sacrílegas pretensiones de los poderosos del mundo, y no dejarse llevar vilmente del miedo, de la adulacion, de las esperanzas ó respetos humanos á que se sacrifican con tanta frecuencia aun los mas sagrados deberes? Pues santo Domingo resistió respetuosamente al rey don García que reinaba en la Rioja, y queria que el prior de san Millan le diese las riquezas y posesiones del monasterio, y le dijo: que ni parecia bien que S. M. las pidiese, ni él tenia poder para darle lo que una vez se habia consagrado á Dios. A las amenazas del rey solo contestó, que si Dios le permitia ponerlas en ejecucion, él tendria la gloria de padecer por su causa. Esta persecucion movida por el espíritu infernal para turbar la paz del monasterio, obligó á Domingo á ausentarse y no ser ocasion de las molestias que sufrían sus hermanos, y despidiéndose de todos con humildad, se pasó á Búrgos, donde reinaba Fernando I, y fué recibido con veneracion de todos por la fama de su santidad y prudencia, que se habia hecho célebre en todo el mundo. Vivió algun tiempo en un sitio retirado junto al convento de san Agustin, y despues pasó al monasterio de Sílos, uno de los mas célebres, pero arruinado ya casi enteramente en lo espiritual y temporal. El rey D. Fernando y D. Jimeno, obispo de Búrgos, pusieron sus ojos en Domingo para encomendarle el monasterio y evitar por este medio su total ruina. Domingo fué el reparador del antiguo lustre de aquella casa. Él empezó practicando lo que queria que practicasen los demas; animaba á los

flacos, consolaba á los tristes; el Señor bendijo sus desvelos, y muy pronto se enriquecieron los monjes de virtudes y el monasterio de bienes que les daba el Señor por añadidura. El rey le ofrece provisiones, los necesitados concurren á buscar en Domingo de Sílos el alivio de sus males, y todos sanan de sus dolencias. Crecen y se aumentan prodigiosamente las liberalidades de todo género de personas agradecidas á los beneficios que reciben del siervo del Señor: todos ansian por verle; le invocan, y basta para que cobren la salud y la libertad de sus prisiones. ¿Qué debe extrañarnos que obrase tantos milagros, si tuvo tantas virtudes? ¿Que le obedeciesen las enfermedades y los elementos, si él obedecía á Dios y era fiel y puntual en servirle? ¿Que Dios le concediese el don de hacer milagros, si su santidad era digna de ellos, y parece que su Majestad nada podia negarle segun el órden de su Providencia de atender siempre á la voluntad y las súplicas de los que le aman? ¿Qué debe extrañarnos que obrase los milagros que obraron los mayores santos, si tuvo las virtudes de los mayores justos? La abstinencia de Sanson; la inocencia de los niños de Babilonia; la fidelidad de los profetas en el cumplimiento de la ley del Señor, y aquella entereza contra las pretensiones de los reyes del mundo; la confianza en Dios y la ardiente fe de los mas milagrosos. Él fué como un milagro en la mano del Señor: *Ipse quasi signum in dextera manu*. Su heroica virtud acreditó y probó sus milagros, y estos contribuyeron al aumento y perfeccion de su virtud, como voy á manifestároslo brevemente.

¿Qué uso hizo santo Domingo del don de hacer milagros que el Señor le concedió? ¿Le expusieron al peligro de perder su virtud? Viéndose admirado y aplaudido de los hombres, ¿dejó de ser humilde en la presencia de su Dios? ¡Ay, hermanos míos! ¿Qué cuadro tan consolador y edificante se presenta á mi alma! Cuando los pueblos atraídos de la fama de los milagros de Domingo concurrían á su monasterio, salía este á sus puertas, no para recibir unos aplausos mundanos y llamar las atenciones, sino lleno de mansedumbre y caridad á derramar sus consuelos sobre los afligidos. Entónces tomaba ocasion de los milagros que el Señor obraba por su medio para predicarles la omnipotencia y las dulces misericordias de su Dios. Aprovechaba aquellas favorables circunstancias para persuadir á los entendimientos é inclinar á las voluntades de todos á que si-

guiesen la ley del Señor. Ponderaba lo caduco y perecedero de esta vida, las excelencias de la virtud, la gloria, el premio eterno destinado para todos los que amen de veras á Dios. Era un Moises explicando la ley en la ribera del mar que acababa de sorber el poder de los egipcios. A su alrededor se hallaban hombres á quienes acababa de restituir la vista, la libertad del cautiverio, los miembros perdidos, la paz interior; hombres íntimamente penetrados de gozo y gratitud, ¿qué negarán á un hombre que tanto bien les hace y que no les pide otra retribucion ni otro pago, sino el que amen y sirvan á aquel Dios que le concedió á él todo cuanto les dispensa?

Por todas partes se ve la mudanza de costumbres, se oyen las conversaciones religiosas, se renueva la fe y la piedad, se afirma la religion con los milagros de Domingo de Sílos, y se afianza la veneracion y respeto. Los reyes, los grandes y los pueblos, todos quieren manifestar su gratitud, ofrecer sus dones al siervo de Dios y enriquecer el monasterio con concesiones, privilegios y limosnas. Miéntras tanto, léjos de deslumbrarse, se mira como un indigno pecador, sus acciones son una serie de abatimientos, no hay que hablarle de dignidades y distinciones; en medio de sus hijos, aunque todos son sus discípulos, los mira y venera como á sus maestros; se los propone por modelos y ejemplares; se olvida de su autoridad y siente que haya quien se acuerde de ella. Digo mal, se acuerda sí, pero es para elegir la celda mas pobre, para ocuparse en los oficios mas bajos. De todos sus títulos de padre, de maestro, de superior; de todos sus aplausos y glorias se reserva solamente el derecho de humillarse y olvidarse de sí mismo. Tales son los efectos que causan en Domingo los honores que por todas partes le cercan, las alabanzas y bendiciones que escucha á todas horas. Y si la santidad y virtudes de santo Domingo fueron la prueba y el argumento mas convincente de sus multiplicados milagros, podemos decir tambien que los milagros de santo Domingo de Sílos fueron la perfeccion de su santidad y de sus virtudes, porque procuró servirse para gloria de Dios del crédito y autoridad que de sus milagros le resultaba para con los hombres, y preservó sus virtudes del peligro á que le exponian sus mismos milagros: porque aquel justo, admiracion de los pueblos, á quien las gentes piadosas preparaban ya altares y disponian templos, no apartó sus ojos de su nada y su fragili-

dad, y supo referirlo todo á su Dios; y así sus milagros contribuyeron al aumento y perfeccion de su virtud. Confesemos con placer que el glorioso santo Domingo de Sílos fué como un milagro en la mano del Señor. *Ipse quasi signum in dextera manu.*

Gozad ya, santo esclarecido, las dulzuras y placeres del descanso y bienaventuranza eterna á que entrasteis como siervo fiel despues de una muerte pacífica y dichosa; pero no os olvidéis de los que os invocamos desde este lugar de destierro y de miserias. Vuestro sepulcro es el lugar de refugio de los necesitados, él se ha hecho glorioso por los milagros que habeis obrado despues de muerto. Justo es que yo publique, aunque todos lo sepamos, que á vuestra intercesion se debe el nacimiento del gran Domingo de Guzman y los consuelos con que recreasteis á su madre la beata Juana de Aza, que oraba postrada junto á vuestras reliquias. Alcanzadnos que imitemos vuestras virtudes, la pureza y santidad de vuestra costumbres, la humildad, el rendimiento á la voluntad de Dios que tanto os engrandeció, el olvido de nosotros mismos, el celo por la honra y gloria del Señor, procurando que todos le alaben y bendigan, para que llegemos á gozarle despues en la gloria. Amen.